

EL SABER EN EL LUGAR

¿Cómo fueron, luego, en la vida, los chicos y chicas de las Escuelas aquellas?

¿Qué favor o inconveniente pudo tener su aprendizaje en las condiciones

propias de cada uno? ¿Qué diferencias se apreciaron entre las casas donde se criaron aquellos chicos y las fundadas por ellos, después? ¿Cuántas preguntas cabe formularse!

Nuestro Maestro por antonomasia, Maestro de vocación y por generación espontánea, el señor Bernardo «El Cardaor», era un hombre rústico, recto, disciplinado, respetuoso. A su mujer la llamaba la señora Romana, y, así, sin llegar al Don nunca, probando con ello su comedimiento, contenidos en la palabra señor, porque señor era su espíritu, los acató todo el mundo, en su pueblo y en el barrio de los yeseros, poco propicios ambos, pueblo y barrio, a los tratamientos, y, menos, para los nacidos en ellos.

A pesar de su falta de preparación o tal vez por eso precisamente, el señor Bernardo propendió a la erudición, al acumulo de conocimientos y a imponer como artículo de fe lo que decían los libros. Todos los leídos de Alcázar están formados en ese sistema de enseñanza libresco y memorista, impuesta con tesón y a correaos muchos días. El dar muchos libros de memoria era una penalidad para los chicos y un orgullo para los padres, que veían ahí el mejor camino para sus retoños. Pero el señor Bernardo daba también y sobre todo, la enseñanza de su vida, su ejemplo en el mundo, que transcendía a las familias de los chicos, creando una atmósfera de respeto no exento de temor, que no se ha extinguido todavía, a pesar de los años y de lo que en ellos ha acontecido. La influencia del señor Bernardo era tan grande en la calle como en la escuela y cuando subía por la Cruz Verde siempre iba con alguna mujer que, respetuosamente, se acercaba a preguntarle por su chico y recibía en silencio la información brusca, enérgica, pero llena de interés y de cordialidad, que no admitía réplica. El sacrificio del señor Bernardo transcendía de tal manera, que no había más que aceptarlo sin rechistar, porque era con su sangre con la que a los chicos les entraba la letra.

Los Maestros de carrera, sin excluir a los licenciados de Facultad, seguían el mismo sistema libresco, memorista y de encierro y no menor rigor que «El Cardaor». D. Cesáreo nos daba con un puntero, que tenía siempre a mano, sin hacer por eso remilgos a los cachetes y repelones, que prodigaba al paso. Las Escuelas, reducidas y mal acondicionadas, sin la menor expansión ni comodidad, parecían apriscos de ganado, de los que no se podía salir, ni lo permitía el garrote del pastor, hasta la hora de soltarnos. Expresión bastante gráfica esta de **soltar a los chicos**.

D. Vicente Galiana, también de origen académico, era otra cosa. Tal vez señaló un principio de renovación. De aquella Escuela salían los chicos a jugar, acaso por la poderosa razón de que tenían dónde, porque estaba en «Los Sitios», pero también porque el Maestro tenía otro carácter y lo veía todo con un espíritu más liberal y comprensivo, permitiendo que los chicos se desarrollaran solos, sin más cuidado que el necerario para que no se hicieran daños mayores. Pero este espíritu estaba en gran minoría. Lo predominante era el rigor, que se quedó grabado en todos los que vivimos sometidos a él.

Galiana, permitía la observación y se podía llegar a conocer y enjuiciar por cuenta propia lo que se tenía delante. La observación y el razonamiento podían llegar al conocimiento.

Con el sistema autoritario, el de, lo dijo Blas, punto redondo, no había vuelta de hoja, porque dos y dos eran cuatro. ¿No estábamos en el lugar de las cuentas, de la preocupación por el cuento de las cuentas? Lo oído o leído no admitía dudas y había que repetirlo ce por be. Con este sistema se almacenaban conocimientos